

La lista sangrienta

Traducción:
Belén Aguilera Fierro



P. N. Elrod

Para Mark y Ben.

*Con toda mi gratitud para:
Walter B. Gibson,
Michael A. Stackpole,
Roger E. Moore, y Barbara G. Young,
la gente fantástica que introdujo Dark Shadows
en mi niñez.*

*Y un agradecimiento muy especial para
el señor Jonathan Frid.*

En todo el vasto y tenebroso mundo de fantasmas y demonios no hay figura tan terrible, ni figura tan espantosa y abominable, ataviada sin embargo de fascinación temerosa, como la del vampiro, que no es ni fantasma ni demonio, pero que, no obstante, participa de las naturalezas oscuras y posee las cualidades misteriosas y terribles de ambos.

—Montague Summers

El vampiro: sus parientes y amigos

El coche iba como mínimo a cuarenta cuando el guardabarros frontal derecho chocó contra mi cadera izquierda, me lanzó fuera de la carretera dando vueltas, y me depositó sobre la hierba agitada por el viento.

Fue un accidente bien maquinado, que no requirió ni la menor destreza por parte del conductor. Los cuerpos, dependiendo de su tamaño y peso en relación con la velocidad y la posición del coche, normalmente hacen una de estas dos cosas: o se meten por debajo del coche o rebotan sobre él. Si se meten por debajo puede ser que los arrastren, lo que deja manchas de sangre por toda la carretera y por todo el vehículo. Si dan una voltereta sobre él, el conductor corre el riesgo de que se le abolle el capó y el techo, o se le rompa el parabrisas, o las tres cosas. El artista que se dedica profesionalmente a atropellar a la gente y darse a la fuga sabe cómo evitar tales riesgos y siempre intenta golpear al objetivo con el parachoques o el guardabarros frontal; de esa manera, solo tendrá que retocar algunos arañazos en la pintura o a lo sumo cambiar un faro roto.

A mí me atropelló uno de esos expertos. Sin embargo, solo sufrí un dolor mínimo, que fue disminuyendo rápidamente. La idea de que se me había roto la columna vertebral fue el primer pensamiento real que

acudió a mi confundido cerebro al despertarme en la playa. Estaba grogui, la cabeza apenas me funcionaba lo justo para levantarme con dificultades y parpadear al ver mi ropa empapada. No se me ocurrió cuestionarme por qué estaba en la playa en esas condiciones, y todavía me encontraba en estado de aturdimiento cuando trepé por una pequeña pendiente arenosa y encontré la carretera. No tomé ninguna decisión racional sobre la dirección que tomar; simplemente, mis piernas me guiaban y yo caminaba. Al escuchar cómo retumbaba el motor de un coche detrás de mí, saqué el pulgar y me puse a caminar de costado.

El pequeño punto que se aproximaba por la carretera se transformó en un Ford verde oscuro, conducido por un hombre grande con aspecto de tener pocas luces. Cuando estaba a poca distancia, el coche redujo de repente y sus faros me apuntaron dolorosamente a los ojos. Me protegí de ellos con un parpadeo estúpido en el momento en que el motor arrancó y, con un rugido de la palanca de cambios, el coche salió disparado. El conductor metió la directa, como si hubiera cambiado de idea antes de recoger a un autostopista y giró bruscamente en el último momento. Si mi cerebro hubiera corrido un poco más, hubiera podido apartarme de un salto a tiempo.

El paisaje dejó de dar vueltas y me quedé allí tirado, mirando fijamente la Vía Láctea que brillaba de una manera antinatural a poca distancia de mi nariz y preguntándome qué demonios estaba pasando. Intenté moverme un poco, el dolor inicial del impacto había desaparecido, pero fui prudente por si tenía algún hueso roto. Todo funcionaba a la perfección, pero... había sido increíblemente afortunado. El estómago me daba vueltas y me quedé mirando a la carretera fijamente.

El Ford frenó, el motor se detuvo y el bulto que había detrás del volante salió por la puerta.

El único cobijo en cincuenta metros era una gran extensión de hierba. La playa estaba al otro lado de la carretera, pero aquel trecho en particular estaba despejado de rocas en las que pudiera ocultarme. Salvo el coche, la única opción que quedaba en mi lado de la carretera era un grupo de árboles a bastante distancia.

El hombre apareció de repente con una pistola en la mano.

Cualquier cosa era mejor que quedarse esperando. Mis pies se revolvieron en el suelo y huí hacia los árboles como un conejo atemorizado. Él me divisó, cambió de rumbo y me gritó que me parara. Después de que me golpeará con el coche, no creo que esperara realmente que yo fuera a hacerle ningún favor.

En un espacio abierto, los disparos no suenan como tales, no como los que se escuchan en las películas. Todo lo que escuché fue un estallido apagado e insignificante y, acto seguido, el impacto me tumbó.

Había sido un golpe de suerte; existía cierta inclinación entre nuestras posiciones y la parte estrecha de mi cuerpo estaba orientada hacia él. La bala penetró por la parte baja de mi espalda, justo por encima del hueso pélvico, se abrió paso por mis órganos vitales y salió por delante, por encima de la hebilla del cinturón. Me retorcí e instintivamente eché las manos para que no se me salieran las cosas de su sitio, pero no pasó nada. El dolor agudo y ardiente ya estaba desapareciendo y mis manos salieron limpias de lo que tendría que haber sido una sangría.

Mi asesino en potencia subió corriendo, me dio la vuelta y se paró bruscamente al ver que lanzaba una

mirada acusadora a su cara estupefacta. Resoplaba con fuerza y parecía dispuesto a decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Rápidamente, colocó la pistola a la altura de mis ojos. El cañón parecía tan grande como una alcantarilla abierta. Su dedo estaba preparado para apretar el gatillo; su cerebro estaba enviando órdenes a los pequeños músculos, diciéndoles que se contrajeran. Antes de que pudieran obedecer, agarré la pistola y la retorcí para que la soltara. Él tenía el dedo enganchado en el gatillo, se escuchó un suave chasquido y pegó un alarido de sorpresa y dolor mientras uno de sus dedos se partía.

Retrocedió para intentar escapar y yo lo agarré de un tobillo, tiré y lo atraje hacia mí. Levantó su puño izquierdo y me dio en la cara, pero con poco efecto. Le di un revés no demasiado fuerte y lo dejé casi sin sentido. Un segundo después, sus brazos estaban clavados en el suelo y era completamente incapaz de liberarse. Era fácil sujetarlo, aunque tenía una constitución y unos músculos de luchador y pesaba casi cuarenta kilos más que yo. Levantó la vista hacia mi cara, que se encontraba a unos centímetros de la suya, y soltó un gimoteo.

El corazón y los pulmones del hombre traqueteaban en mis oídos como un tren. Todos mis sentidos se habían agudizado, renovado y perfeccionado. Incluso podía oler la sangre; un aroma excitante cuando se mezclaba con el hedor acre del miedo. Sobre su cuello grueso y áspero, la piel parecía extrañamente transparente allí donde latía la gran vena. Al principio me molestaba, pero después me resultó tentador. Mi boca se desencajó, seca y dolorida a causa de una sed repentina. Sentí que caía sobre él como un gato sobre la leche.

Al tipo le dieron unas arcadas y se le soltó la vejiga cuando mis labios rozaron su garganta. Entonces perdió el conocimiento.

Me eché hacia atrás bruscamente, preguntándome qué demonios estaba intentando hacer. Me aparté hasta que dejé de tocarlo. Me quedé amilanado en medio de toda esa hierba puntiaguda, temblando como si estuviera en un estado febril, hasta que mi sed se calmó.

Con una mano por debajo de cada brazo, lo llevé arrastrando por encima de las irregulares matas de hierba y arena hasta llegar a su coche. Me sentía lo suficientemente fuerte como para cargar con él, pero no me hacía gracia entrar en contacto con sus pantalones mojados. Afortunadamente había dejado la llave de contacto puesta, por lo que me ahorré un registro de sus bolsillos inferiores. Abrí la puerta del pasajero y lo metí dentro.

Mi mente más o menos empezaba a funcionar de nuevo y estaba llena de preguntas. Para empezar, quién era aquel extraño y por qué quería matarme, así que metí la mano en el bolsillo de su chaqueta y saqué la cartera.

El carné de conducir estaba expedido a nombre de un tal Fred Sanderson, de Cicero. Puede que el nombre fuera falso, no significaba nada para mí, pero la ciudad tenía una nota amarga en mi memoria. Apenas habían pasado diez años desde que la banda de Capone invadiera el lugar y lo tomara. El gran Al ahora estaba en la cárcel, pasado pero no olvidado a juzgar por la presencia de Sanderson.

Salvo cinco dólares y el número de teléfono de alguien llamado Elsie, no había nada revelador en su cartera. Le desabroché el cinturón y lo deslicé por su recia cintura. Era un tipo pesado, pero se mantenía en forma. Como me había imaginado, la tira de cuero

estaba especialmente construida con una tira superpuesta por la parte de dentro. Lo abrí, conté cuidadosamente y pasé los quinientos dólares que tenía allí escondidos al bolsillo de mi pantalón sin ningún remordimiento de conciencia. Después de lo que me había hecho pasar, me lo debía, y además yo necesitaba fondos.

Examiné su rostro. Su enorme mandíbula y sus labios gruesos me eran frustrantemente familiares, pero no recordaba por qué.

Había mucha luz en ese momento, el cielo estaba muy raro con el sol y las estrellas brillando en lo alto, juntos. Todo era muy confuso hasta que me di cuenta de que era la luna la que inundaba el lugar con esa luminosidad. El miedo se extendía por mi estómago como un agua helada que me hacía temblar. La noche estaba demasiado iluminada, cosa que no era buena, nada buena.

Distracción. Necesitaba una distracción. ¿Dónde estaba?

Al este, a lo lejos, se veían unos edificios altos. Seguía en las proximidades de Chicago. Lo último que recordaba era una llamada de teléfono que me hizo salir del hotel en el que acababa de registrarme. Salí a media tarde para hacer algo y esa misma noche acabé empapado, en un terreno desierto de la línea de la costa del lago Michigan, con un loco que intentaba matarme. Estupendo.

Sentía unos pinchazos en la cabeza, descubrí que tenía una hinchazón por detrás de una oreja y sonreí con alivio. Una conmoción de algún tipo; eso explicaría la desorientación inicial y la pérdida de memoria, y puede que incluso hubiera vuelto mis ojos demasiado sensibles. El disparo había sido producto de mi imaginación y me había encargado de Sanderson por pura adrenalina.

Por si acaso, comprobé mi cartera y me sorprendió encontrarla en su sitio, intacta. Pensaba que me habían atracado. La documentación estaba mojada y desordenada, pero todo estaba ahí, incluidos el dinero y el cambio de los valiosos veinte que había utilizado para pagar la habitación del hotel. Fue al volver a meter la cartera en el bolsillo cuando reparé en la pechera de mi chaqueta. Tenía un gran agujero de fuego justo en el corazón, rodeado de unas manchas rojas diluidas por el agua. Había un agujero más pequeño un poco más abajo, cerca de la hebilla del cinturón.

Me abrí la camisa y encontré una repugnante cicatriz redonda a la izquierda del esternón. Era grande, pero parecía recién curada.

El chapoteo del agua en la orilla me retumbaba en los oídos. A lo lejos, sobre el lago plateado, la forma aerodinámica del yate de un millonario, que se deslizaba lentamente hacia el este, desapareció por detrás de un promontorio. Mi mano izquierda empezó a moverse de forma nerviosa y cerré el puño. Volví a abrirlo. La palma tenía más de una docena de círculos rojos encima. Más cicatrices, y yo no podía ni imaginar cómo me las había hecho y qué podía haberlas provocado. Al menos no eran dolorosas. La mano derecha también estaba herida, con una roncha rosa y estrecha como un corte casi curado, justo por encima de los nudillos. Eso tampoco era doloroso. Con cuidado, me llevé una mano al corazón. Estaba completamente acelerado, como un pájaro atrapado, pero no tenía nada, salvo la cicatriz y la piel que conservaba el frío de la noche.

Volví a abrocharme la camisa. No quería ver nada más ni seguir especulando y fijé mi vista impotente en el lago. No obtuve respuestas ni consuelo allí, así

que abrí la puerta del conductor y me deslicé tras el volante. Me froté la cara y me sorprendí al ver lo tupida que tenía la barba. Alargué la mano, giré el espejo retrovisor y me quedé helado al ver, sin comprender lo que estaba viendo, el cristal vacío.

No.

Por favor, Dios, no.

Aquella noche me había alcanzado la muerte, de manera inesperada e injusta. Me había transformado, y después se había ido, llevándose consigo el recuerdo de ese momento supremo al que todos debemos enfrentarnos. Con los ojos cerrados, me aferré al volante y traté en vano de acostumbrarme emocionalmente a lo que había sido una vez un concepto lejano y puramente abstracto. En cierto sentido, estaba más asustado por la idea de que alguien hubiera querido matarme que por el hecho de que hubieran tenido éxito. Era demasiado para poder asimilarlo, así que lo mejor era olvidarse de los sentimientos por un momento. Antes me acostumbraba a las cosas de forma rápida, y en aquel momento no tenía apenas elección. En un sentido más amplio, es a lo que los animales y la humanidad han tenido que enfrentarse desde que el viejo Adán se encontró fuera del paraíso: adaptarse o morir.

Como ya había muerto solo me quedaba una alternativa, aunque fuera mentalmente angustiada.

Por hacer algo, le até a Sanderson los brazos a la espalda con el cinturón y utilicé su corbata de flores para los tobillos. Al revolver en la guantera aparecieron varios mapas de carretera, por lo que pude hacerme una idea de dónde me encontraba y descubrir la manera de volver al hotel.

Estaba un poco justo detrás del volante. Éramos aproximadamente de la misma estatura, pero yo tenía las piernas más largas. No me molesté en ajustar el asiento, pues eso siempre es más problemático de lo que parece. Se encendió el estárter, el motor arrancó y metí la primera. Treinta minutos más tarde, me detuve en lo que parecía un lugar seguro y retirado y apagué el motor. Según los mapas, estábamos aproximadamente a un kilómetro y medio de mi hotel; un paseo cómodo por unos vecindarios dormidos. Era una zona comercial de aspecto abandonado, con unas cuantas tiendas des-tartaladas, algunos almacenes polvorientos y varios solares vacíos decorados con hierbajos y cristales rotos. A juzgar por el aspecto de las cosas, la crisis no había sido muy amable con ese lugar.

Sanderson estaba despierto, pues aunque fingía seguir dormido, el ritmo alterado del corazón y los pulmones lo traicionaban. Se controló mucho o estaba demasiado asustado como para estremecerse cuando tiré del pañuelo de seda amarillo que tenía en el bolsillo del pecho. Lo utilicé para limpiar mis huellas del volante, del salpicadero y de las marchas, y se lo volví a colocar en su sitio. Su pistola me pesaba en el bolsillo. Me incliné en el asiento y le di una palmadita firme en la mejilla.

—Ya puedes abrir los ojos, sé que estás despierto.
—Me toqué los dientes con la lengua. Habían recobrado su longitud normal. Al menos podía hablar sin cecear—. He dicho que puedes abrir los ojos. —Le di una fuerte sacudida.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Te llamas...?

—F... Fred Sanderson.

—Eso está claro. ¿Qué estabas haciendo en la ciudad, Fred?

—Visitar a unos amigos.

—¿Tienen un barco?

Se calló hasta que volví a zarandearlo.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Por qué me has atropellado?

—¿Qué...?

—Ya me has oído. ¿Por qué has intentado matarme?

Su enorme mandíbula volvió a cerrarse de nuevo, sus ojos se volvieron hacia la puerta y forcejeó para liberarse de sus ataduras. Entonces perdí la paciencia y por primera vez en mi vida, sentí un enorme placer al golpear a un hombre. Pero me contuve. Quería persuadirlo, no matarlo y, sorprendentemente, necesité pocos golpes para debilitarlo. A pesar de su aspecto fuerte, no soportaba nada el dolor.

—Frank Paco —dijo—. Para mí es... solo un trabajo —farfulló con la nariz ensangrentada.

—¿Es tu jefe?

—Sí. —Se sorbió la nariz.

—¿Me quería ver muerto? ¿Por qué?

Tosió de mala manera.

—¿Por qué?

—No quisiste hablar.

Cogí el pañuelo de nuevo y le limpié la nariz.

—Tampoco lo estás haciendo tú.

—Quería la lista, no quisiste decirle dónde, así que... —Se quedó helado—. ¿Cómo has...? Te he dado en todo el corazón...

—Tengo un chaleco antibalas. Vamos, continúa. Sanderson no parecía muy convencido.

—Ya los sabes todo. —Su voz revelaba cada vez más pánico—. ¿Por qué preguntas si lo sabes todo?

—¿Cuál es el nombre del barco?

—*Elvira*.

—¿Qué es esa lista? ¿Qué contiene?

—No lo sé... Sinceramente, no lo sé. La tienes tú. Tú sabrás lo que es.

—¿Cómo la conseguí?

—No lo sé.

—Contesta.

—Benny Galligar. La obtuviste de él. ¡La tienes tú! Yo no sé nada, ¡lo juro! ¡Deja que me vaya! —Le faltaba poco para gritar y el pánico le hacía revolverse para intentar liberarse. Lo golpeé de nuevo, demasiado fuerte, y eso acabo con el interrogatorio por esa noche. Dejando la exasperación a un lado, volví a examinar el coche en busca de huellas y descubrí que estaba a nombre de International Freshwater Transport, Inc. Puede que no fuera de mucha utilidad, pero me quedé con el nombre como futura referencia.

En el exterior, limpié el tirador con el bajo de mi chaqueta y repetí la misma acción por el lado del pasajero. Sanderson tenía la cabeza recostada en el asiento, lo que le dejaba el cuello tenso y vulnerable, y el olor a sangre emanaba de su cuerpo como un perfume. Retrocedí antes de que sucediera algo lamentable y me precipité calle abajo.

Tarde o temprano, que Dios me ayude, tendré que alimentarme.

El recepcionista nocturno del hotel estaba medio dormido cuando le pedí mi llave.

—¿Es la número... eh... dos? —murmuró mientras la buscaba a tientas, pero no había ninguna llave colgando de ese número—. Oiga, usted no es el señor Ross.

—No, soy Jack Fleming y quiero mi llave.

—¿Fleming? Ah, sí, hemos sacado sus cosas. No se preocupe, volveré a meterlas.

Una cosa tras otra.

—¿Por qué han sacado mis cosas?

—Bueno, solamente pagó por una noche y como no volvió, no podíamos dejar que la habitación permaneciera libre. Hay una convención en la ciudad y alquilamos la habitación siempre que hay negocio. Ya sabe cómo funciona esto.

—Sí, lo sé. ¿Me puede dar mis cosas?

—Claro, no hay problema. —Sacó a rastras una maleta estropeada y otra más pequeña, pero no menos estropeada, en la que guardaba mi medio de sustento, una máquina de escribir. Mi ropa estaba intacta, aunque doblada de forma descuidada, y mi portátil parecía estar en buen estado. Mientras comprobaba mis cosas, el recepcionista se había espabilado y me estaba inspeccionando.

—¿Ha tenido algún problema? —preguntó prudentemente. Sus ojos se arrastraron con verdadera curiosidad por mi cara sin afeitar y mi ropa mojada y mugrienta.

—Algo parecido. —Saqué otra chaqueta de la maleta, le di la espalda y me cambié la vieja por la nueva.

—¡Santo Dios! ¿Se encuentra bien? ¡Tiene un agujero enorme y sangre por toda la espalda!

Fue un fastidio. Para ahorrarle al tipo la visión de mi pechera perforada, le había ofrecido una imagen en primera plana de mi espalda, por donde había salido la bala que me había matado. Me abotoné la chaqueta nueva y traté de despistarlo.

—Pues tendría que haber visto al otro tipo.

—Fuera de bromas, tiene...

—Sí, bueno, no se preocupe—dije secamente—. Cuanto menos sepa, mejor para los dos, no sé si me entiende.